



Rafael Gómez Pérez

Mi *youtuber* favorito

© 2022, Rafael Gómez Pérez

© 2022, Alexia Editorial, S. L.

Primera edición: abril de 2022

ISBN: 978-84-123628-5-5

Depósito Legal: M-5059-2022

Realización gráfica: Laura Morales Balza

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Para Emilio

1 | DESESPERADA

Marta, rubia, de grandes ojos verdes —o eso creía ella—, estaba desesperada. No podía haberle sucedido nada peor.

Hablaba por el móvil con su amiga Carmen.

—¡No te lo vas a creer! ¡Esto solo me pasa a mí! ¡No puedo más!

—¿Qué es esta vez?

Carmen era de la misma edad que Marta: quince años. Llevaban juntas desde la guardería. Sabía que Marta podía ponerse nerviosa por la más mínima cosa. Como aquella vez, cuando tenían nueve años, que llegó llorando al colegio porque su tío Fede se había olvidado de traerle de París un peto que le había encargado. O cuando se enfadó porque se había hecho un nuevo peinado y nadie se lo comentó.

—¡No puedo, no puedo más! —gemía—. Esto no me lo esperaba, es superduro... Me han pasado cosas horribles en mi vida, pero esto..., esto no lo soporto.

—Pero ¿¡qué es!?

—¡Es que no te lo puedes ni imaginar!

—O me lo dices o cuelgo —dijo Carmen, a punto de perder los nervios.

—¿Te acuerdas de *My best enemy*?

—No... me suena.

—¡Cómo que no te suena! ¡Anda que no te he hablado de Robert...! En YouTube, y también en Instagram.

Carmen hizo un esfuerzo por acordarse. Sabía que Marta andaba siempre con vídeos en YouTube y en Instagram, además de tener trescientos amigos en Facebook. Seguro que le había hablado de ese tal Robert. Pero Carmen, que pasaba bastante de las redes sociales, la habría oído sin oír.

—En YouTube —siguió Marta—. Robert, el de *My best enemy*, mi *youtuber* favorito. ¡Tienes que recordarlo!

—¿Y?

—¡Que ha cerrado su cuenta! ¡Se ha despedido! Ha dicho que muy bien todo este año, que muchas gracias a sus más de treinta mil seguidores...

—*Seguidoras*.

—¿Qué?

—Nada.

—¡Pues que se va! ¡Que nos deja tiradas! ¡Que no lo veremos más! Tenía una cara extraña, como muy triste, y estaba aún más guapo...

Carmen no podía creerse que eso fuera un drama.

—Busca un nuevo *youtuber* —dijo—. Debe haber cientos, miles...

—¡Ninguno como Robert! ¡Si te lo enseñé una vez! De pronto, la voz chillona de Marta se volvió dulce:

—Moreno, alto, el pelo rizado, un poco mayor que nosotras, ojos verdes —(Marta estaba obsesionada con los ojos verdes)—, esa nariz un poco chatita, la sonrisa haciéndole huequecitos en las mejillas... ¿No te acuerdas?

—¡Ah, sí! —dijo Carmen, y al momento recordó lo que le decía su madre cuando de niña se ponía pesada: «“Sí”, para que te calles».

—Porfa, Carmen, ven a casa; no puedo soportar esto sola.

—Pero, Marta, que tú vives en Mirasierra y yo en Chamberí. Y son las nueve de la noche.

—Te quedas aquí a dormir; mañana es sábado.

—Mañana por la mañana voy de excursión con mis primos a Peñalara.

—¡Vaya amiga!

—Marta, lo siento.

—¡Ah, tía! Tener una amiga para esto.

Y le colgó.

2 | CARMEN PIENSA

Carmen fue de su cuarto al salón. No había nadie. Sus padres habían salido. Su hermano mayor, Andrés, estaba de Erasmus en Suecia, en Gotemburgo. Y la pequeña, Lisa, dormía en casa de su amiga Estela.

A Carmen le gustaban estos momentos de tranquilidad. Saboreaba quedarse sola, porque nunca se sentía sola. Tenía varios amigos siempre dispuestos a acompañarla: sus libros. Estaban en el rincón de la estantería del salón, con los de su padre.

Se aficionó a los libros cuando desde pequeña veía a su padre leer en el salón. A veces, él sonreía mientras leía. Otras veces ponía cara de asombro. Otras, hacía un gesto de disgusto. Otras, soltaba una carcajada.

Recuerda Carmen que una vez —ella tenía ya más de diez años— le preguntó si todas esas cosas que le hacían reír, sonreír, asombrarse estaban en los libros.

—En los libros está todo —recuerda que le contestó su padre.

Ella lo había comprobado. Fue, con los libros de Julio Verne, a la Luna, al fondo submarino, dio la vuelta

al mundo en ochenta días; siguió a Miguel Strogoff, el correo del zar... Lloró con *Mujercitas*. Y quiso ser la rosa que cuidaba *El Principito*.

Los libros le hacían pensar. Y ahora estaba pensando en la *desgracia* de Marta. ¡Había perdido a su *youtuber*!

Sin poder evitarlo, sonrió. No era para tanto. Si pierdes a tu mascota, a la que tanto quieres, eso sí que es grave, porque es el compañero que está contigo desde cachorro y te adora. El *youtuber* de Marta estaba compartido por miles y miles de seguidoras e ignoraba la existencia de una fan como ella.

Pero de pronto le entró cierta curiosidad. ¿Qué podría haberle pasado al tal Robert para cerrar la cuenta y dejar plantadas a tantas chicas? Los *youtubers* están constantemente pidiendo que te suscribas, que le des un *like*. Y ese tan Robert va y se marcha.

Carmen no podía saberlo, pero nosotros sí.

3 | EL YOUTUBER

Carmen no sabía —ni Marta tampoco— que el *youtuber* Robert se llamaba Roberto García Herrada. Tenía dieciséis años recién cumplidos. Vivía en Madrid, en la calle General Martínez Campos. Era hijo único. Su padre era médico y su madre, Lina, profesora de Inglés en un colegio en el barrio de Chamberí.

Desde pequeño fue un niño algo tímido, con no muchos pero sí buenos amigos. Muy buen estudiante. Le compraron el primer móvil cuando tenía once años, y desde entonces había ido aumentando su colección de dispositivos: tableta, ordenador portátil, auriculares inalámbricos, barra de sonido, cámara de vídeo...

Se dio cuenta de que donde mejor estaba era encerrado en su cuarto, probando todo y viendo vídeos de YouTube.

Aunque a Roberto, de pequeño, no le gustaba leer, a pesar de la insistencia de sus padres en que leyera, un día, a los trece años, encontró en internet un audiolibro en inglés, *La isla del tesoro*, de Robert Stevenson. Él nunca sería como el héroe de esa novela, el joven Jim Hawkins,

pero podía seguirlo en sus aventuras. Impaciente por saber cómo terminaba la historia pidió a su madre que le comprara el libro. No fue necesario hacerlo. Estaba en la biblioteca de Lina. Esa misma tarde tenía el libro en sus manos.

Con catorce años descubrió que haciéndose selfis o grabando vídeos de él mismo era otra persona. De tímido, nada. Se le ocurrían historias, trucos, posturas. Como nadie lo veía, hacía todo lo que se le pasaba por la cabeza.

A los padres no les acababa de gustar tanto encefalamiento. Se habían hartado de decirle cosas como:

—Roberto, hijo, han venido tus primos de Málaga. Quieren que los acompañes para conocer Madrid, ir al zoo, al parque de atracciones...

Pero Roberto se las arreglaba para no ir a ningún plan de esos.

Como sabemos todos, desde finales del siglo pasado, hay dos mundos en este mundo. El mundo real y el mundo de internet, la Red y sus redes. Estos mundos se comunican. Podría decirse que la Red era como una copia del mundo real. Por eso mismo, tenía las cosas buenas de ese mundo y también las cosas malas: grandes autopistas, pero también cloacas pestilentes.

Los padres le habían advertido muchas veces a Roberto que no entrara en las cosas insulsas o morbosas de internet. Él les había hecho caso, porque tenía lo mejor que se puede tener en el mundo: un buen corazón.

4 | MY BEST ENEMY

Roberto había estudiado en un colegio bilingüe y, contando además con la asistencia continua de su madre, profesora de Inglés, desde los siete años se desenvolvía bien con el *speaking* y con el *listening*. No tan bien con el *writing*, pero unos años después ya podía escribir sin falta alguna.

Cuento eso para explicar por qué aquel día maravilloso de primavera, ya con más de quince años, tuvo la idea de crear su propio canal en YouTube. El primer nombre que se le ocurrió fue *My best friend*, pero luego pensó que era demasiado *obvious*. Y pensó en lo contrario, lo que sería el antónimo de «amigo», «enemigo».

De ahí salió lo de *My best enemy*.

Sin decir nada a nadie se grabó en su primer vídeo, de tres minutos.

Era la presentación. Puso de fondo una sábana vieja en la que había pintado, en rojo, la cara de un tipo horrible, de grandes orejas, boca sin dientes y pelo erizado, como si le estuviera dando una corriente eléctrica.

Se vistió con una camiseta blanca de manga corta y un pantalón vaquero. En pie, comenzó a hablar:

¡Eh, soy Robert! Estoy seguro, cuando acabéis de ver esto vais a pensar que soy your best enemy, vuestro mejor enemigo. ¿Por qué? Porque me meteré con todo lo que os gusta. Porque haré que quedéis como una piltrafa. Porque no me callaré. Porque tanto si me dais un like como si no, os odiaré lo mismo. Y también os amaré...

Y siguió y siguió.

Resulta que aquello fue visto. En una semana había más de quinientas visitas, muchas suscripciones, centenares de *likes* y solo once pulgares para abajo, que eran, como se aclararía enseguida, de chicos. Porque en algunos comentarios al vídeo se podían leer cosas como: «¿De qué vas, tío? ¿De bonito? Anda que eres plasta». O, con algo más de ingenio: «Tu mejor enemigo eres tú mismo, macarra».

¿Por qué este éxito tan inmediato? Además de por suerte, porque cada día miles de *youtubers* intentan ser vistos por muchos, por dos cosas. La primera, la voz de Robert, que era una voz algo profunda, muy acariciante, con muchas inflexiones. Para la segunda dejemos que lo diga Marta: «Porque es un pedazo de tío, con

unos ojos verdes que te atraviesan, con una boca que da no sé qué, con una sonrisa que dice todo lo contrario de lo malo que pretende ser».

My best enemy superó en seis meses las doce mil visitas. Robert, crecido por el éxito, se convirtió en más de once personajes distintos: un pirata (influido más por *La isla del tesoro* que por *Piratas del Caribe*), un soldado griego, un bailarín de *ballet*, un mendigo, un banquero, un fantasma borracho (fue un gran éxito), un informático loco...

Todos, a su modo, criticaban a la audiencia.

El mendigo, por ejemplo, les decía: «Me veis por la calle, tirado por el suelo. "¡Oh, qué pobre!". Pero ni un euro me dais para que me lo gaste en vino o en un donut, porque soy abstemio. Vosotros, en cambio: "Oh, qué *sneakers* más chulas". Y soltáis más de cien pavos como un eructo...».

El fantasma borracho comentaba: «¿Que estoy pedo? ¿Y qué? Ya no tengo que volver a casa. Vosotros, vosotras, lo he visto; algunos os ponéis ciegos, ciegas de vodka, sin que os guste, solo para colocaros. Y claro que os colocáis, pero de vuestro propio vómito. Perdón». Y hacía el gesto de vomitar.

El soldado griego recitaba: «Acabo de venir de Maratón, más de cuarenta kilómetros. Menos mal que entreno todos los días. Y vosotros y vosotras estaréis

ahí sentados, criando chicha. Menos redes sociales y más ejercicio. Menos redes sociales y menos pizzas con mortadela...».

Al contaros esta historia os diré que no he visto muchos vídeos de *youtubers*, pero los de Robert me gustaron y les di un *like*. Porque Roberto no era como otros, diciendo tonterías, con risas idiotas y gestos memos. Robert contaba historias, había en lo suyo —¿cómo lo diría?— un *relato*. Y los relatos nos gustan a todos, lo reconozcamos o no. Vamos cambiando desde la infancia hasta la vejez, pero siempre deseamos que alguien nos cuente algo distinto, con algún giro que sorprenda.

Puede que a muchas seguidoras les gustase Robert porque era guapo y expresivo, pero no solo por eso. Tenía —lo digo con una palabra culta— *carisma*, que viene del griego y significa «agradar», «tener gracia», «gancho», «chispa» o como queráis llamarlo.

5 | LA ABUELA TERESA

Roberto no era mucho de reuniones familiares. Quería a su extensa familia —tres abuelos, siete tíos y tías, quince primos y primas— pero no le gustaban las aglomeraciones de parientes. Leyó en algún sitio que, al aumentar la cantidad, suele disminuir la calidad, y pensó que así era.

Dicho esto, hay que añadir que no había momentos más entrañables para él que los que pasaba con la abuela Teresa, la madre de su padre. El marido de Teresa, el abuelo Miguel, un ingeniero muy conocido, había muerto de un infarto a los setenta y cinco años. Teresa tenía entonces cinco menos. Tanto su hijo Antonio, el padre de Robert, como el tío Enrique y la tía Celia ofrecieron de corazón a su madre llevársela con ellos, con cualquiera de los dos, como si quería pasar una temporada en casa de cada uno.

Teresa dijo, con una sonrisa, que no: «Me gusta mi soledad, porque no estoy sola».

Un año, en su cumpleaños, se presentaron en su casa los tres hijos, las dos nueras, el yerno y los quince